

BIOGRAFÍA DE SANTA JUANA DE LESTONNAC

En Burdeos, importante ciudad portuaria a orillas del Garona, situada al suroeste de Francia, el 5 de mayo de 1555 se celebra la boda de Juana de Montaigne y Ricardo de Lestonnac.

Si el nacimiento de un hijo se vive en las familias como una bendición; Juana, la hija mayor de siete hermanos que vendrán después, llenarán de alegría el hogar.

El S. XVI Francia vive años difíciles, enfrentándose católicos y protestantes en las guerras de religión que asolan el país. La sociedad está dividida. El protestantismo pretende reformar a la Iglesia católica; se rompe la unidad religiosa de los cristianos en Europa.

Los desacuerdos de la sociedad repercuten también en las familias que se pelean por la posición en la que se sitúa cada miembro.

Juana de Lestonnac fue bautizada, pero creció en medio de esta discordia social y familiar. Su madre deseaba que, como ella, fuera calvinista y su padre hizo todo lo posible para educarla en la fe católica. Juana sufre, está desconcertada, porque ella quiere a los dos. El padre se preocupa de enseñarle a rezar el “Ave María...”

María, que “*en su corazón guardaba los recuerdos de Jesús niño en Nazaret*”, será para Juana luz y calor en su vida de fe.

En el tío Miguel de Montaigne, reconocido escritor de los “Ensayos”, encuentra el refugio que necesita. Pasa largos ratos con él y Juana disfruta conversando y escucha las respuestas a sus incesantes preguntas. Quiere a su sobrina y admira de ella, su curiosidad constante, su mente despierta, su corazón inquieto.

La familia Lestonnac – Montaigne valora la educación de sus hijos. El padre es Consejero del Parlamento de Burdeos, responsabilidad que exige esmerada preparación y tacto en las decisiones. Quiere para sus hijos una buena formación. Para lograr este objetivo, encarga a diferentes profesores la enseñanza de los chicos y las chicas. Juana tuvo la suerte de saber leer y escribir correctamente, además de recibir lecciones de latín y griego. Experiencia que no todas las jóvenes de su tiempo gozaron, ya que era frecuente en las niñas que ayudaran en las tareas domésticas de la familia.

¿Qué significará en el futuro para Juana, haber recibido unos conocimientos que la mayoría no tiene? ¿Será sólo una ventaja para ella?

Juana es una joven reflexiva. Ha aprendido a sentir la presencia de Jesús en los acontecimientos de la vida. Cuida los ratos de silencio en los que se pregunta: “Señor, ¿Cuál es tu voluntad?”.

El Señor también deja escuchar su voz: “Cuida, hija mía: no dejes apagar la llama que yo he encendido en tu corazón”.

Cuando Juana tiene 17 años, los padres consideran que ha llegado el momento de buscarle un compañero para que se case. Siguiendo las costumbres de la época, las familias comprometen a sus hijos en matrimonio. Juana celebra su unión con el Barón Gastón de Monferrant- Landirás el 22 de septiembre de 1573, en la iglesia de San Eloy.

La joven pareja se traslada a Landirás, Juana apoya a su marido en el trabajo, atiende las necesidades de las numerosas familias que trabajan al cuidado de las viñas de la Baronía.

Juana y Gastón viven 24 años de felicidad, tienen ocho hijos, de los cuales cinco llegan a la edad adulta.

Acoge a las personas que a ella acuden cada día, se dedica con amor a la educación de sus hijos...Estos cuidados ¿serán el inicio de la primera escuela que abrirá sus puertas a las jóvenes de Burdeos?

La presencia de los jesuitas introduce en Burdeos el impulso apostólico de la Compañía de Jesús. Roger, hermano de Juana, siente la llamada y entra en el noviciado. Quiere ser un discípulo más de Jesús y anunciar la Buena Noticia del Evangelio. Su vocación estará al servicio de quienes desean ser acompañados por el camino que da sentido a sus vidas según la voluntad de Dios. Esta decisión de Roger disgustó mucho a su padre, Ricardo de Lestonnac. Roger encontró en Juana el apoyo que necesitaba para seguir su elección.

Los años pasan y llega para Juana un tiempo de contemplar en la cruz de Jesús, una luz de esperanza que alivie el sufrimiento que ahora le tocará vivir. Mueren varias personas muy queridas, el tío Miguel y su padre, Ricardo. Pasan dos años y pierden inesperadamente la vida su marido, Gastón de Monferrant, y su hijo mayor.

Juana pasa a administrar las tierras. Cuida para que todo esté a punto cuando su hijo sea el responsable de la heredad. Es generosa, su sensibilidad hacia los más desfavorecidos, hace que se disponga un terreno para los que no tienen donde llevar a pacer su ganado. Tierras que permanecen en nuestros días como propiedad de todos con el nombre de "Cantau" en el Ayuntamiento de Landirás.

Prepara la boda de su hijo Francisco que en julio de 1600 se casa con Margarita Calzalis y, como había dispuesto, deja todos los asuntos de Landirás a su cargo. Se convierte así en el heredero de los viñedos de la Baronía.

También se produce un doble acontecimiento, dos de sus hijas, Marta y Magdalena, han escuchado la llamada del Señor y entran en el convento franciscano de las Anunciadas de Burdeos.

Desde niña había sentido el deseo de la vida religiosa pero los problemas de la guerra habían herido el corazón de los conventos; los religiosos no eran modelo de vida evangélica. Decayeron los antiguos monasterios consecuencia de tantas ruinas amontonadas.

Teresa de Jesús en España, logra que las religiosas de los conventos de Carmelitas, vuelvan al fervor primero de la fundación. En Juana, este ejemplo, despierta el deseo de hacer posible una situación igual en los monasterios de Francia.

Juana va realizando su camino interior: dedica largos ratos de silencio y el Señor con nueva fuerza hace escuchar su voz: "No dejes apagar la llama que yo he encendido en tu corazón y que te lleva con tanto ardor a mi servicio".

Espera y, al mismo tiempo en esa espera, siente una fuerza interior que la empuja a descubrir otra forma de vida.

Un amanecer del año 1603 se acerca al puerto fluvial del Garona y toma el barco que la lleva hasta Toulouse para entrar en una Orden religiosa contemplativa: Las Feuillantines. Toma el hábito el 11 de junio. Según la costumbre de la Orden, se llamará a partir de este momento Hermana Juana de San Bernardo.

Si Jesús es el centro de la vida de los discípulos, María es el modelo de vida en el seguimiento de su Hijo. La figura de María se acrecienta en el corazón de Juana cada atardecer cuando el coro de religiosas canta la Salve a la Virgen.

Pero este no era el camino que el Señor preparaba para ella. La fuerte vida de austeridad que se vive en el monasterio junto a la intensa vida activa en Landirás, debilitan gravemente su salud y pasados seis meses enferma y tiene que guardar cama. Desolada por el diagnóstico de los médicos, la superiora le aconseja abandonar el convento.

Juana, una vez más, recurre a la oración.

Pasa su última noche en el monasterio rezando: “Señor, ¿Tengo que salir de esta casa a la que Tú mismo me has conducido? ¿Me he engañado cuando he querido seguir tu voluntad o tienes otros planes sobre mí?”

Dime dónde estás y allí volaré sin descanso. ¡Qué asombro para mí no encontrarte donde creía que me esperabas! Si estás junto a los que buscan, no abandones a quien está atenta a tu Palabra. Habla, Señor, que tu sierva escucha”

Cuando terminó su oración sintió una paz inmensa y tuvo una luz que iluminaron sus tinieblas. Era diciembre, en los días de la Navidad, cuando María en la oscuridad de la noche de Belén da a luz a Hijo Jesús, Luz del mundo. Juana tuvo una visión, advirtió en las sombras de la noche un gran número de jóvenes desorientadas, sin saber qué camino seguir. Conmovida contempla la escena y comprende que es ella quien “debe tenderles la mano”. En su interior siente que ya puede decidir serena. Al amanecer abandonará el convento. Precisamente, cuando creemos haber perdido la esperanza de encontrar a Jesús, que con sinceridad buscábamos, es cuando hemos de aprender a reconocerle, de manera nueva y diferente con los ojos iluminados por la fe. Juana descubre que no está llamada para la vida contemplativa, el Señor tiene otros los planes para ella.

Vislumbra la posibilidad de una vida religiosa de oración junto con un trabajo apostólico de servicio a la sociedad. María en la casa de Nazaret le inspira el modelo de vida religiosa que desea seguir, como ella, las monjas dedicarán un tiempo para la alabanza y la acción de gracias al Señor y otro para las tareas propias dedicadas a la educación de la juventud.

Al amanecer, Juana está serena. Comunica la determinación de abandonar el monasterio a la superiora que la escucha sorprendida por la aflicción vivida en la noche anterior.

Juana regresa a Burdeos, ayuda en los preparativos de boda de Jeannette menor y tras la ceremonia decide retirarse a una casa en la Mothe. Para conocer a Jesús es necesario dedicar tiempo para sumergirse en su corazón y hacer nuestra su forma de ser. En la tranquilidad de los bosques del lugar, Juana reflexiona sobre lo que le ha sucedido. Medita, ha aprendido a caminar sintiendo a Jesús como compañero en los avatares de la vida. Sus decisiones serán según el Señor se las vaya mostrando. Tiene la certeza de acertar en el proyecto de Dios para ella. También Jesús se apartaba del bullicio de la gente y subía a la montaña, lugar de encuentro con el Padre para hacer su voluntad.

Para conocer a Jesús hay que contemplarlo en las personas que sufren y agonizan. En 1604 se declara la peste y Juana viaja a Burdeos, atiende a los enfermos. Trabaja unida a un grupo de jóvenes de la ciudad. Pasan días intensos dedicados a las personas que por los contagios de la epidemia, sufren grandes heridas y dolores; muchas mueren, otras han perdido la esperanza de recobrar la salud.

Superada la epidemia, Burdeos recobró el ritmo normal. Juana comunica el “proyecto educativo” a las jóvenes que estuvieron con ella ayudando a los enfermos de la ciudad. Les explicó sobre la necesidad de educar a las niñas y a las jóvenes, pues decía muy convencida que “sólo la mujer puede salvar de la ignorancia a la mujer”. Si los jesuitas habían abierto colegios en muchos lugares para la educación de los chicos. ¿Por qué las chicas no van a tener las mismas oportunidades que ellos si todos estamos llamados a convivir en igualdad? La idea fue acogida con entusiasmo y a partir de este momento, Juana, ya no se encontró sola, tenía un grupo que la apoyaba. Se formará una nueva familia que tendrá el nombre de “Compañía de María”.

Juana necesitaba obtener la aprobación de la Iglesia para formar una Orden Religiosa. Ella y sus amigas tuvieron que superar muchas dificultades cuando presentaron al Cardenal De

Sourdis su “Proyecto Educativo”. Al cardenal le costó comprender la nueva forma de vida religiosa que Juana proponía. Consideraba que sólo se puede suponer a una chica monja si ofrece la vida dedicada a la oración y al estudio en la clausura de los monasterios.

Tras largos debates con el cardenal, consiguió que las religiosas de la Compañía de María, tuvieran una vida sencilla como María en Nazaret. Era tan claro el sueño que en sus largos paseos por la Mothe fue forjándose en su corazón...

Juana comunica unas sencillas normas: El convento donde vivan las monjas se llamará “Casa de Nuestra Señora”. En la iglesia habrá una imagen de María con su Hijo en brazos. El hábito consistirá en un traje sencillo, que pase desapercibido, como el de las mujeres del lugar. Las monjas dedicarán un tiempo para tratar con el Señor en la oración y otro para el estudio y la educación de las jóvenes que más lo necesitan.

La escuela se organiza en cuatro clases: La primera de lectura, dedicada a Santa Ana, Madre de María. La segunda para la escritura, con el título de Santa Catalina. La costura se enseñará en la tercera clase dedicada a Santa Isabel. Por último, se enseñarán diversas labores en la de Santa Magdalena. Pero en todas se formará a las alumnas para que lleguen a conocer la Biblia y las oraciones además aprender las normas de convivencia.

Del Papa Paulo V, el día 6 de abril de 1607, Juana y sus primeras compañeras obtienen el permiso de la Iglesia. Se ha formado una nueva Orden Religiosa Apostólica.

El día primero de mayo de 1608 toman el hábito Juana de Lestonnac, Serena Coqueau, Magdalena Landrevie, Isabel de Maisonneuve y Margarita de Poyferré.

La Compañía de María y su primera escuela son una realidad.

Ahora nos puede sorprender que los padres no pudieran pagar un profesor para sus hijas y, por tanto, se quedaran en sus casas. Por eso había muchas personas analfabetas y el mayor número estaba entre las mujeres. Las escuelas de la Compañía de María a comienzos del siglo XVII, fueron una novedad. Se ha conocido a las religiosas como las “Monjas de la Enseñanza” por haber creado la primera escuela donde las niñas aprendían conviviendo con otras de su misma edad.

Las clases comienzan con éxito. Juana considera que el Señor ha bendecido su proyecto, está satisfecha. Un día al visitar las clases, tiene una idea, ¡dar gracias al Señor! El 21 de noviembre de 1610, Presentación de María en el Templo quiere celebrarlo. Reúne a todas las alumnas en una gran sala, pide a las novicias que les hable de la generosidad de la Virgen y las invita, a ofrecerse como María, al Señor. A continuación formaron dos filas, la imagen de María Niña va la primera, las demás la siguen en procesión, así salieron a la calle.

Las campanas de la iglesia tañían anunciando en el repique la alegría del acontecimiento, entraron en procesión y se celebró la Eucaristía.

Acudieron muchas personas curiosas para ver lo que ocurría y comentaban sorprendidas la idea de Juana.

Para las alumnas fue un día de fiesta grande en el colegio. Desde entonces se sigue celebrando cada año en todas las escuelas de la Compañía de María tal como la ideó Juana de Lestonnac.

La Compañía de María se hizo cada vez más conocida y otras chicas quisieron formar parte de ella. Juana tuvo la alegría de recibir en la “Casa de Nuestra Señora” a sus hijas Marta y Magdalena que solicitaron pasar de las Anunciadas.

Las familias se enteraron de la acogida de la primera escuela y solicitaban a las religiosas que abrieran también nuevas escuelas en sus ciudades. De la primera casa de Burdeos nacieron otras que se extendieron por el sur de Francia.